

LA POESÍA DE LA LENGUA

JOSÉ MUÑOZ GARRIGÓS
Universidad de Murcia

Son muchos los interesados estudiosos de la problemática de la llamada “mística franciscana”, cuyo fundamento está en la humildad del “poverello”, y cuya manifestación más evidente habría que estudiarla en lo cotidiano, o dicho en términos de mayor hondura y transcendencia, en el enorme valor del vivir diario al estilo teresiano: con los pies en el suelo, y la mirada en el cielo.

Sin mayores conocimientos de los que me presta mi humilde condición de modesto aprendiz de filólogo, debo de hacer pública mi sorpresa por esta última obra del P. Fermín¹. Nunca, hasta este momento, había tenido la oportunidad de comprobar cómo la lengua, nuestra lengua de cada día, había sido objeto de tratamiento histórico-místico. El mismo idioma que nos sirve para el diálogo más vulgar y peor pergeñado, para defendernos de las acusaciones, justas o injustas, de que somos objeto, e incluso para lanzarlos como dardos injuriosos a nuestros conciudadanos, nos lo encontramos ahora como una inocente criatura no sólo moldeable, sino también moldeada, por una serie de manos cariñosas que han aportado su grano de arena para que fuese más grande y más bella.

Esa lengua infantita, que anda de la mano de Berceo, porque a duras penas se tiene de pie, a quien el arcipreste de Hita, o Fernando de Rojas, hacen transmitir lo duro del vivir humano; Garcilaso y Góngora lo inasible que, a veces, resulta la belleza; los ascético-místicos carmelitas la posibilidad de narrar algo tan inenarrable como es la experiencia de Dios, al tiempo que el mundo transoceánico nos da ejemplo de que todo se puede abarcar con el idioma, si se sabe manejar, ¿no le estará diciendo al hombre de hoy que lo cotidiano, aquello a lo que apenas se le da valor, tiene una transcendencia que hay que saber buscar y encontrar?.

En una primera lectura, el libro da la falsa impresión de no haber ido más allá de lo puramente baladí; falsedad que se demuestra cuando el historiador de la lengua per-

1 Fermín María García: *Homenaje a Berceo. Romance de la Lengua Niña*. Murcia, 1996. Ed. Espigas.

cibe al comprobar cómo el autor ha tenido, necesariamente, que conocer con hondura y precisión el manejo que de nuestra lengua hicieron los escritores clásicos. Si se me pidiera que, desde esta perspectiva, hiciera una redefinición de la obra que nos ocupa, diría que estamos ante un esbozo de historia poética de la lengua española, aunque no en la totalidad de sus usuarios.

Parece ser que la obligación principal de todo reseñista ha de ser, inexcusablemente, la de resaltar aquellos puntos de la obra que, según su juicio, ofrecen un mayor interés para el lector y más logrados en la obra que analiza. Como quiera que yo no quiero mostrar mis carencias, cuando no mis vergüenzas, en este oficio, me limitaré a decir lo que más me ha gustado de este poemario, coincida o no este gusto con el del lector, o con el mérito literario. Tal y como decía al principio, la sencillez de la mística se deja entrever en estos poemas, pero especialmente en el dedicado a Berceo; el contraste, absolutamente barroco, entre sencillez y reciedumbre expresiva aparece al hablar de Góngora, Quevedo y Cervantes. Pero no es sólo eso, la inclusión de alusiones a la figura del Greco, extranjero él e in encuadrable, nos lleva a actualizar ese mundo de confluencias entre las distintas expresiones artísticas: las corrientes artísticas de una época determinada son como una enorme corriente de agua, de la que se desgajan distintas manifestaciones.

Ya no son pocos los años que pesan sobre este humilde fraile, (si lo sabré yo), pero no tengo más remedio que terminar deseando que la lleve hasta sus últimas consecuencias.